

APUNTES ACERCA DE LA ÉTICA

INTRODUCCIÓN

Hablar de ética implica encarar una cuestión típicamente humana, ya que el ser humano es el único que depende de sus propias decisiones no solamente para vivir confortablemente, sino también para construir su propia identidad.

La naturaleza humana, más allá de una gran variedad de postulados antropológicos de tipo filosófico y teológico que se han ido planteando a lo largo de la historia, es sin duda una entidad no autoevidente. El ser humano no tiene claro, como dato previo, qué es y quién es. Mucho menos aún, le es evidente qué debe ser o qué quiere ser. Se trata de una naturaleza “abierta” “no acabada” “no previamente definida en totalidad”. Si por el contrario asumiésemos el postulado de que la naturaleza humana fuese completa y acabada, este hecho no le resulta evidente.

El ser humano, desde que tenemos noticia de su existencia, aparece preocupado por su vida y realización, y por tanto, profundamente reflexivo sobre su propio existir. No se trata de una tarea ociosa, sino profundamente implicante de la existencia. Al ser humano no le alcanza la fuerza de los instintos para encontrarle un sentido a la vida ni para realizarse personal ni socialmente.

Generación tras generación, y en las más diversas culturas y épocas, el ser humano se encuentra necesitado de un horizonte de comprensión de la realidad y de su ubicación en ella, así como de la posibilidad de proyectarse al futuro en parámetros de ideales y con esperanzas ciertas de felicidad. Sin estos elementos parece no valer la pena la vida, y no hay fuerza instintiva que pueda sustituirlos.

Esta realidad empírica, personal, grupal y colectiva de la humanidad toda, ha llevado al ser humano a encarar activamente el tema a lo largo de la historia, buscando caminos de realización y de sentido de la vida, todo lo cual se ha dado en llamar la “ética”.

Así, la dimensión ética de la persona humana es esencialmente su capacidad de realización en la vida, como resultado de un actuar libre y responsable. Más aún, la dimensión ética del ser humano es la ineludible responsabilidad que tiene de asumir su libertad en función de su propia realización.

No se trata de algo optativo, sino que se trata de una realidad de hecho: más allá de la voluntad del ser humano la vida se va desarrollando inevitablemente, y el camino que recorra será el resultado de sus propias opciones. Con su quehacer el

ser humano se hace a sí mismo, o en otras palabras, la calidad y sentido de su vida depende de las opciones que realiza en ella¹.

Por ello, el ser humano es esencialmente ético. Y lo es, más allá de que se asuma como tal o no. Es decir, sea que asuma responsablemente sus opciones o no, está condenado a sufrir las consecuencias de las mismas y no solamente en cuestiones de bienestar (material, psicoafectivo, espiritual, etc.) sino también en su identidad y sentido fundamentales.

CONCEPTO DE ÉTICA

En la “búsqueda de la felicidad” podemos sintetizar el dinamismo vital del ser humano. Se trata de una generalización, ya que bajo ese término incluimos una gran variedad de conceptos históricos (plenitud, realización, humanización, santidad, identidad, trascendencia, etc.) que se han desarrollado según diversas corrientes de pensamiento y que, en última instancia, delimitan esa ansia fundamental de la existencia humana.

Dado que el ser humano no encuentra de modo espontáneo y evidente ni en sí mismo ni tampoco fuera de sí, el camino a recorrer para alcanzar esa felicidad que ansía, la tarea ética será fundamentalmente un proceso de descubrimiento, afirmación o rectificación de los intentos realizados. Más allá de que cuente con referentes religiosos, filosóficos, ideológicos, o del tipo que sean, seguros y detallados, el ser humano necesariamente deberá someterse a un proceso de ensayo y error. Sólo así podrá verificar la validez del camino, y sólo así podrá efectivamente aclarar las opciones necesarias para recorrer el camino que le haya sido propuesto².

La ética es, entonces, la respuesta experiencial a la pregunta esencial: “¿cómo actúo-actuamos para ser felices?”, “¿cómo actúo-actuamos para ser plenamente personas?”

Desde esta perspectiva, podemos definir la ética como ***"la praxis de hacernos mutuamente personas³ en la historia"***. En este sentido, y a partir de la común raíz etimológica, podemos considerar como términos sinónimos “ética” y “moral”.

Entendemos aquí la “praxis” como el aprender haciendo, el desarrollar las certezas a partir fundamentalmente de la experiencia críticamente analizada, en un proceso personal y social que abarca a cada individuo y a la humanidad entera en forma simultánea e interactiva.

¹ En este punto no estamos aquí haciendo referencia a la persona individualmente considerada, sino que estamos haciendo afirmaciones sobre la generalidad del ser humano sin entrar aún al tema relacional.

² Ciertamente el proceso de ensayo y error no es a ciegas, ya que el ser humano cuenta con múltiples elementos de referencia que le permiten racionalizar el proceso y reducir las posibilidades de error. No obstante, aún en los planteamientos religiosos más moralizantes, la aplicación de los códigos de conducta establecidos a las situaciones concretas, exige un discernimiento y una acumulación de experiencias acerca de lo que es un cumplimiento adecuado y de lo que no lo es. Eso es también proceso de ensayo y error.

³ En lugar de “hacernos mutuamente personas” podría usarse sin inconveniente otros términos, como por ejemplo: “humanizarnos”, “realizarnos”, “santificarnos”, etc. A los efectos de la actual presentación podemos asumirlos como sinónimos.

Es un “hacernos mutuamente personas”, ya que no se trata de mecanismos automáticos sino del ejercicio de libertad de un ser abierto e incompleto que necesita de autodefinirse y autoconstruirse en interacción, para poder realizarse en la vida. El desarrollo de ideales, escalas de valor, pautas de validación de conductas, etc., son parte imprescindible de este proceso.

Se trata de un proceso en interacción humana. Previamente a la definición filosófica de si la interacción es positiva o no lo es, y en qué términos, lo incuestionable es que es real. No existe ser humano que no interactúe (aunque sea a su pesar), y toda vida humana necesariamente va a estar radicalmente condicionada por los efectos de esa interacción. De ahí que la ética trate de los procesos “mutuos”.

Finalmente, esta praxis se desarrolla “en la historia”, es decir, en un contexto concreto, en situaciones definidas, con condicionamientos y posibilidades delimitadas, y sin las cuales no solamente no es posible ni realizar juicios sobre el proceso, sino que ni siquiera es posible el proceso como tal. Todo proceso ético será siempre histórico y contextualizado.

Desde su dimensión ética, es plenamente válido que un ser humano asuma como objetivo fundamental de su vida la búsqueda consciente y perseverante de la propia realización, en una interacción verdaderamente humanizante con los demás.

Consideramos “persona ética” a la que asume como la tarea esencial de la propia vida el desarrollarse plenamente como persona humana. A su vez, “persona no ética” es aquella que conscientemente abandona el camino de construcción de sí mismo, dejando de ser el sujeto de su propia vida⁴.

De ahí se desprende que la tarea ética de la persona humana se puede concretar en:

- a) Proponerse seriamente descubrir y asumir el propio sentido de vida.
- b) Proponerse seriamente descubrir y desarrollar al máximo posible todas sus potencialidades de crecimiento.

SENTIDO DE VIDA⁵

En medios educativos normalmente se asume con cierta facilidad la relación entre el sentido de la vida y la actuación correcta de la persona. Sin embargo, esto no es percibido así en casi ningún otro medio social, donde lo ético queda casi reducido a “lo que no me está permitido hacer” o, en otras palabras, a cuáles son “los límites impuestos a la propia libertad”.

¿En qué consiste el “sentido de la vida”? No es fácil definirlo en el papel, y mucho menos fácil aún es aclararlo en la propia vida y, sin embargo, a ello se dedica el ser humano día tras día desde que nace hasta que muere. Para tratar de aclararlo,

⁴ En español es muy interesante el juego de palabras que ejemplifica esta realidad. Tal como lo afirma M. Vidal, lo opuesto a una persona “moral” es una persona “desmoralizada”, es decir, aquella que no encuentra en sí motivación y/o fuerzas para buscar la felicidad. Todo el derrumbe posterior, no será sino consecuencia de esto.

⁵ Esta sección está basada en: GALDONA, J. “La ética y el sentido de la vida” En: *InfoDEIE* N° 2 (1993).

tomaremos como referencia una excelente película que tiene como título: “Un lugar en el mundo”, y cuya metáfora nos servirá para profundizar este tema.

Para el ser humano, encontrar “un lugar”, encontrar “su” lugar, es encontrar la vida. De algún modo, esa es la tarea ética de la persona, porque en la medida en que busca y encuentra su lugar se va construyendo a sí misma y a la sociedad a la que pertenece y, en ese construirse, va progresivamente humanizándose o deshumanizándose. Encontrar su lugar le implica a la persona un compromiso, una coherencia y una constancia, que constituye lo nuclear de su propia vida.

¿Qué es el “mundo” para la persona? Son otras personas, es un pueblo y una sociedad concreta, es una historia, es él mismo, es Dios... Encontrar su lugar significa encontrar muchos lugares, en un equilibrio y una síntesis tal que permitan y posibiliten la plena integración y el pleno sentido de sí mismo.

En el fondo, encontrar un lugar en el mundo hace referencia directa a la necesidad de “ser útil”, pero no de una utilidad genérica, sino de una utilidad bien concreta y específica.

El primer lugar, se trata de encontrar un “lugar en otro”. Ser importante para alguien. Que otro me necesite. El ser humano necesita ser necesitado. La propia vida carece de sentido si no hay nadie a quien le importe mi existencia, si para todos es indiferente que uno haya existido o no.

Este lugar en el otro puede ser de amor... o de odio. Puede ser generoso o puede ser mezquino. Puede hacer crecer o puede fagocitar. Puede humanizar liberando o puede deshumanizar oprimiendo. Puede conducir a la independencia del otro frente a uno, con todo lo doloroso que esto sin duda será, o puede conducir a una dependencia creciente que alimente el propio ego.

Puede ser, pues, un lugar éticamente bueno o malo, pero lo que siempre será es un lugar interesado. No le es indiferente al sujeto sino que un tiene interés manifiesto, sumo interés, en que personas concretas, con nombre, con rostro, con historia... lo necesiten. No hay palabras más gratas para el oído que las que nos dicen: “Ud. es fundamental en mi vida”; y más aún: “sin ti no puedo vivir”.

El segundo lugar, el sentido de vida es encontrar un “lugar en la sociedad”. Ser reconocido de algún modo por la sociedad. No se trata necesariamente de ser popular, aunque la búsqueda de la popularidad vaya en éste sentido, sino de que la persona perciba que para la sociedad su existencia no es indiferente. Es la búsqueda del éxito: profesional, deportivo, artístico, político, o económico. Búsqueda que se da en todos los niveles socioeconómicos: ser un arquitecto reconocido o ser un albañil reconocido.

Pero el tema va mucho más allá de la búsqueda de éxito público. La persona percibe que es parte de un todo mucho mayor; que la realización del todo de algún modo implica la suya propia. La persona puede incluso encontrar su lugar en la sociedad entregando silenciosa y anónimamente su vida por la vida de su pueblo, y en ello sentirse plenamente realizado. Puede incluso encontrar su lugar en la sociedad en medio del rechazo manifiesto que la propia sociedad le haga por su coherencia con la verdad, como en la obra de Ibsen "El enemigo del pueblo".

Encontrar ese lugar en la sociedad, puede darse tanto sea por asimilación como por contestación al sistema dominante, puede ser alienador o liberador, puede ser justo o injusto; pero lo que no se puede aceptar es ser «marginado». En el sentido que estamos utilizando no podemos confundir marginación con rechazo: la segunda implica ser alguien en la sociedad, y serlo con suficiente importancia como para que tomen en serio lo que hace o representa, aunque sea negativamente. Ser marginado, en cambio, es no ser nadie, es no existir para la sociedad, es haber muerto en vida.

La necesidad de ser útil hace que la persona busque poder dar un aporte en su sociedad, un aporte que valga y tenga sentido desde su perspectiva, un aporte que en la medida de lo posible sea también reconocido. Dependerá de la propia madurez psicológica y afectiva el grado de necesidad de reconocimiento explícito (y eventualmente también de aprobación) que la persona tenga, o el grado de anonimato (y/o de rechazo) que asuma y soporte. Pero en todos los casos, frente a sí mismo, necesita poder dar razón de su existencia en esa sociedad y pueblo concretos.

El tercer lugar, la elaboración del sentido de vida implica un «lugar en la historia». La historia abarca el universo, el tiempo, y la humanidad. La persona se percibe a sí misma apenas como una mota de polvo frente a la infinitud del cosmos, apenas un instante que ya pasó frente a los miles de millones de años del tiempo, apenas una nada entre los cinco mil millones o más de coetáneos, y entre los miles de millones de seres humanos que generación tras generación han existido y existirán en la historia.

La propia nada, frente a la infinitud en que se halla inmerso el ser humano, le plantea la pregunta radical acerca del sentido de su existencia. «Mi vida no puede ser nada más que un suspiro en el tiempo». Tiene que tener un sentido que forma parte del sentido del todo. ¿Por qué existe el hombre? ¿Cuál es su destino? ¿De donde viene y adonde conduce la historia? El macro y el microcosmos con su precisión de relojería y su maravilla fascinante no pueden terminar en la nada ni ser un acaso. El trabajo, la lucha, el esfuerzo de generaciones y generaciones, que ha llegado hasta mí-nosotros no puede ser un camino ciego y absurdo.

Si la historia es absurda, la vida es absurda. El ser humano necesita encontrarle un sentido a la historia y encontrar la propia inserción en ella. Su sentido es, de algún modo, parte de ese gigantesco sentido del todo, y debe ser capaz de ubicarse en la posición correcta para acompañar y apoyar ese caminar inmenso. La persona siente la necesidad imperiosa de encontrar su lugar en ese inmenso río de la historia. En algunos períodos, como el actual, parecería que a nivel cultural se deja de tematizar esta problemática, pero ello no anula su realidad impactante para el ser humano.

El cuarto lugar, el sentido de vida es encontrar un «lugar en uno mismo». En ese fascinante, repulsivo, contradictorio, y desconocido ser que es uno, la persona necesita encontrarse a sí misma. Se necesita a sí misma para llegar a ser ella misma. Porque la persona no es de por sí un ser unitario y coherente de sentido, sino que en realidad se descubre a sí misma como llena de apetitos, tendencias y necesidades opuestas y hasta contradictorias entre sí.

La persona, para encontrar su sentido, debe evitar la autodisgregación. Así se ve conducida a hacer opciones a través de las cuales se va encontrando a sí misma y simultáneamente se va construyendo a sí misma. Entre la enorme variedad de autocomprensiones posibles, la persona debe ir descubriendo y conformando una,

aquella que es él mismo en un trabajoso y lento proceso de «ser y llegar a ser» tal como él mismo se proyecta.

Encontrar un lugar en uno mismo implica entrar en la propia interioridad, bucear en su profundidad insondable, maravillarse de su misterio sin límites, cultivar cuidadosa y delicadamente su frágil intimidad, y fascinarse de su propia existencia. Todo ello es posible, pero a condición de no buscarlo como evasión en el autorrepliegue, sino con el crítico realismo de quien conoce y asume muy bien sus condicionamientos, sus límites, y sus propias e inexcusables incoherencias.

La persona puede construir su unidad de sentido en la coherencia de vida y en la exigente riqueza de su interioridad. Encontrar un lugar en uno mismo es encontrarse como proceso y como proyecto de sí; es en definitiva, encontrarse a sí mismo.

El quinto lugar, elaborar un sentido para la vida es descubrir un «lugar en Dios». En el creyente todas las demás preguntas están implicadas en ésta y viceversa, pero a su vez, ésta constituye una pregunta en sí misma, y seguramente, la pregunta esencial: ¿Qué soy yo para Dios?

Ubicarse adecuadamente frente a Dios, o mejor, ubicar a Dios con respecto a nosotros tal como él se ubica, es la cuestión central. Desde un Dios que ama, hasta un Dios que exige. Desde un Dios paternalista, hasta un Dios tirano. Desde un Dios solidario hasta un Dios indiferente. Desde un Dios a mi medida, hasta un Dios inaferrable. ¿Cómo es Dios?

Pero la pregunta no es acerca de Dios, sino acerca de la propia vida, porque no es Dios quien está en juego, sino uno mismo. Pero ambas cuestiones no se pueden separar. Ni la pregunta se puede esquivar: Si él es el creador de la vida, no se puede encontrar el sentido de ésta sin referencia a él. El sentido de la propia vida y de la propia muerte sólo pueden ser comprendidos desde la perspectiva global y plena de aquel que la ha hecho posible. Si Dios es absurdo, la vida no tiene sentido. Si la persona es nada para Dios, eso es lo que vale su vida.

Encontrar un lugar en Dios, no es el problema de practicar o no una religión. Es descubrir en la raíz de la propia vida, aún antes del propio nacimiento, un llamado esencial, una vocación específica, una relación única, exclusiva e inigualable. Es descubrir un futuro que es simultáneamente regalo y es tarea.

Obviamente no todas las personas encuentran «su lugar» en todas las dimensiones, e incluso es relativamente fácil encontrar personas para las cuales el sentido de vida se apoya exclusivamente en una sola de ellas. Normalmente esto se manifiesta con mayor claridad en los momentos de crisis: la persona que frente a la muerte de su pareja ya no encuentra «una razón para vivir»; el caso de la persona que prefiere morir a ver que su prestigio social se derrumbe; la persona que se vuelve atea cambiando todo su estilo de vida simplemente porque Dios no actuó tal como él esperaba.

Dependerá de múltiples factores personales, culturales, y formativos que la persona pueda irse paulatinamente abriendo a nuevas dimensiones, y pueda ir integrándolas en un todo orgánico y vital. Lo que sí interesa aquí resaltar es la importancia de posibilitar la mayor apertura posible, ya que, en la medida que más dimensiones hayan sido integradas, más global, intenso y pleno va a ser el sentido de vida de la persona.

A su vez, estos cinco «lugares» tienen, de algún modo, un orden estricto de prioridad. Prioridad lógica, no cronológica, ya que en la coherencia lógica sólo quien ha logrado encontrar su «lugar» en una dimensión puede descubrir y asumir la siguiente; pero en la vida concreta de la persona, el descubrimiento del sentido puede empezar por cualquiera de ellas para después abrirse a las demás.

Asumir una nueva dimensión no significa superar la anterior, sino que se van integrando complementariamente, de modo tal que cada una seguirá manteniendo sus propias exigencias. La globalidad exigirá un equilibrio de atención a cada dimensión, pero ninguna puede ser suprimida sin que el ser humano sufra una verdadera mutilación en su sentido personal.

Descubrir el propio lugar no es tarea esencialmente intelectual sino vital. Es en el tiempo dedicado a otros, en la solidaridad, en el cariño, en la preocupación concreta, que la persona descubre su «lugar» en él. Es en la militancia política, en la formación profesional, en informarse adecuadamente, etc., que la persona se descubre perteneciente a una sociedad. Es con la vida, las actitudes cotidianas, las fidelidades y coherencias, los aciertos y errores, que la persona encuentra su sentido.

Finalmente, es necesario integrar otro aspecto esencial en el proceso de descubrimiento del sentido de vida. Es el pasar de un nivel de «utilidad» a uno de «gratuidad».

En un primer momento, el «lugar» siempre se descubre a partir de lo que la persona puede hacer por el otro, por la sociedad, por la historia, por sí mismo, y por Dios. Ser útil, saberse necesario, sentirse imprescindible, es la clave para considerarse valioso para el otro, para la sociedad, o inclusive para uno mismo.

Asumir la vida desde su utilidad es una etapa esencial, pero debe dar paso a la etapa de la «gratuidad de la vida». Paulatina, y normalmente de forma dolorosa, la persona va descubriendo su progresiva inutilidad. Ya no sirve, y en ese momento crucial se abre la puerta para alcanzar la cúspide de sentido, o se cierra en una pérdida de sentido que lo lleva a refugiarse en el pasado o a no esperar ya nada de sí mismo.

Descubrir el propio «lugar» en otro, por pura gratuidad, sin que uno le sirva para nada, con la conciencia de que siendo «inútil» ocupa un lugar en el otro y no de que es una «carga», es alcanzar la plenitud de sentido. Podríamos llamarlo el dis-frutar (= sin ser fructífero) del propio lugar en el otro, en la sociedad, en uno mismo, no llevando el peso de tener que ser útil. Pero no se puede alcanzar la gratuidad sin haber pasado antes por la utilidad.

Volviendo al comienzo de la reflexión, ¿qué tiene que ver la ética con el sentido de vida? Todo. Descubrir y construir el propio sentido de vida en la utilidad y en la gratuidad, en lo globalizante y en lo concreto... esa es la tarea ética esencial de la persona. No se trata de subjetivismo, ya que los parámetros objetivos son esenciales en todo el proceso, pero sí se trata de que únicamente la persona que descubre un sentido a su vida puede vivir correctamente. De lo contrario, a lo sumo, «cumplirá» normas impuestas para evitar castigos.

INTENCIÓN Y RESULTADOS ÉTICOS

La vida humana se va desarrollando en base a los “actos” que las personas y los grupos humanos realizan. Esos actos se darán como reacción ante los estímulos que el medio le provoca, o como acción generante de nuevas realidades, pero en definitiva será siempre a través de sus actos que el ser humano se ubicará frente a la realidad, impactará en ella, y se construirá a sí mismo.

Cuando hablamos de “actos” nos estamos refiriendo a su dimensión más amplia, incluyendo en ellos toda decisión que se toma, incluso de pensamiento, independientemente de que se luego se lleve a cabo o no lo decidido.

Desde la perspectiva ética, nos interesan esencialmente los actos propiamente “humanos”, es decir, aquellos que se realizan con conciencia y libertad. Los actos que puedan realizarse inconscientemente o por impulsos que no han dependido de la libertad del individuo, son también realidad humana pero no son propiamente realidad ética del ser humano.

Por ello, al hablar de la construcción de sí como proceso ético, estamos refiriéndonos exclusivamente al cúmulo de decisiones que la persona toma y de las que es responsable en función de su libertad. Éticamente se trata de la posibilidad de realizar juicios éticos acerca de los actos que la persona realiza, para ver si son buenos o malos, es decir, si son humanizantes o deshumanizantes.

En este sentido, el acto humano está compuesto de tres elementos esenciales: la intención del sujeto, el hecho realizado o a realizar, y las consecuencias sucedidas o las previsibles. Vamos a analizarlo detenidamente:

El primer lugar está la “intención” del sujeto del acto moral. Es la respuesta a la pregunta “¿Qué quiso o qué quiere hacer?”. Para poner un ejemplo ilustrativo: el cirujano quiso salvar la vida del paciente.

En segundo lugar está el “hecho” histórico. Es la respuesta a la pregunta “¿Qué hizo o qué hará?”. Siguiendo con el ejemplo: el cirujano operó de apendicitis al paciente.

En tercer lugar están las “consecuencias” del hecho. Es la respuesta a la pregunta “¿Qué resultó a causa del hecho realizado?”. Según el ejemplo planteado podría ser: el paciente sufrió una septicemia generalizada y falleció.

Con respecto a la “intención”, ésta corresponde a ámbito subjetivo de la moralidad, y únicamente puede ser conocida por la propia persona y no por el resto. Es cierto que se podrán recoger indicios que permitan una inferencia acerca de si hubo buena o mala intención, pero siempre será una inferencia y no un conocimiento cabal. De hecho, el fuero interno de la persona solamente puede ser conocido y juzgado por la propia persona. Esta dimensión corresponde propiamente a la subjetividad del acto moral.

Por otra parte, tanto los hechos como las consecuencias pueden ser conocidos y juzgados por todos, ya que pertenecen a la realidad histórica objetivable. Estas dimensiones corresponden a la objetividad del acto moral.

Como decíamos antes, el acto incluye los tres elementos, No obstante el juicio ético no es único sobre el acto, sino que podemos tener tres juicios diferentes.

En primer lugar el juicio ético sobre la intención. Actuar con “buena intención” significa actuar según el dictamen de la conciencia o, en otras palabras, actuar con buena conciencia (técnicamente, con “conciencia recta”). Se trata de cuando la persona mediante ese acto intenta realizar algo que sinceramente considera humanizante para sí y para los demás. Siempre que actúe con intención humanizante el acto será subjetivamente bueno, y siempre que actúe con intención deshumanizante, el acto será subjetivamente malo. La “autenticidad” justamente consiste en actuar siempre con buena intención.

En segundo lugar está el juicio sobre el acto en sí mismo. En el ejemplo planteado, el acto es neutro, es decir, de por sí no es humanizante ni deshumanizante. Realizar una cirugía de apéndice únicamente adquiere una connotación ética a partir de la intención de quien lo realiza y de las consecuencias que implique en cada caso.

No obstante, existen algunos hechos que de por sí son deshumanizantes. Por ejemplo, el asesinato o la tortura. Se trata de acciones que, más allá de cualquier intención, y de cualquier ponderación de consecuencias, son deshumanizantes en sí mismos. Por ello, en la medida que se realicen con suficiente conciencia y libertad, no podrán ser éticamente excusables ni sostenibles como de buena intención.

En tercer lugar, está el juicio ético a partir de las consecuencias. Se considerará que el acto es humanizante en la medida que la ponderación de las consecuencias previsibles sea objetivamente humanizante, y lo contrario en la medida que no lo sea. En el ejemplo planteado, objetivamente las consecuencias de la cirugía fueron deshumanizantes, ya que para el paciente la muerte ha implicado la imposibilidad de continuar un camino de realización y humanización.

Así, en el ejemplo tenemos que el juicio sobre la intención era positivo, el juicio sobre el hecho era neutro y el juicio sobre las consecuencias era negativo. No se trata de hacer una síntesis, de por sí imposible, ni de que un aspecto prime absolutamente sobre otro, sino de asumir que sobre el mismo acto existen dos juicios éticos a partir de las dos perspectivas éticas fundamentales, que ambos son válidos, y que pueden no coincidir.

Puede, entonces, existir un acto éticamente malo, sin que haya un culpable de ello; y puede existir un acto éticamente bueno, y existir un culpable ético.

La eticidad de la persona depende esencialmente de la intención que ponga en sus actos. Actuar con mala intención convierte a la persona en éticamente “culpable”, más allá del resultado de sus acciones. Por el contrario, actuar con buena intención, convierte a la persona en “auténtica” o éticamente inocente (que es lo mismo).

En este sentido, puede ocurrir que una persona haya realizado un acto con mala intención y que por casualidad el resultado del mismo haya sido bueno. En ese caso, la persona es éticamente culpable, ya que el resultado positivo no fue debido a su

decisión, sino a pesar de su decisión negativa. Aunque todas las demás personas crean que el sujeto es bueno, él sabe en su conciencia que no lo es.

Por el contrario, también puede ocurrir que una persona actúe con buena intención y que por error o por causalidad el resultado del acto haya sido malo. La persona continúa siendo buena, ya que el error o la casualidad no cambian la eticidad de su decisión. Puede ser, inclusive, que todas las demás personas la consideren mala, pero ella en su conciencia sabe que ha actuado auténticamente.

Obviamente, la rectitud e conciencia le exigirá al sujeto analizar atentamente los resultados de su actuar para ver si coinciden con sus intenciones. No sería muy creíble la sincera buena intención de una persona si el resultado concreto de su actuar es sistemáticamente malo. La rectitud de conciencia lleva a la búsqueda sincera de la verdad.

A su vez, más allá de cual sea la intencionalidad del sujeto, la eticidad objetiva del resultado de su actuar es sumamente relevante. La humanización de las personas se mueve esencialmente al nivel de los hechos históricos y no de las puras intenciones. Si el resultado del actuar de una persona destruye a otras personas, ese actuar es objetivamente malo y así debe ser juzgado. Eso conlleva una obligación ética para todos, en cuanto que debemos evitar la continuidad de actos deshumanizantes.

Con todo, no debemos olvidar que condenar un acto como humanizante no significa automáticamente la culpabilidad ética del sujeto, como asimismo el juicio positivo de los resultados de un acto no implica de por sí la autenticidad del sujeto.

INTENCIONALIDAD ÉTICA Y SENTIDO DE VIDA

El aspecto de objetividad ética del acto humano es esencial, y sin él no podemos hablar propiamente de ética, ya que la “praxis de humanizarnos” es siempre “en la historia” y no puramente al nivel de las intenciones sino de los hechos históricos y sus consecuencias⁶. No obstante, en función del encare del presente trabajo, nos interesa profundizar en el sentido que tiene la “intencionalidad” del sujeto.

Obviamente, cuando hablamos de intención no estamos hablando de un sentimiento, ni de una emoción, ni mucho menos aún de un impulso, sino que nos referimos a un proceso de decisión que el sujeto realiza previo al acto para discernir si se trata de un acto éticamente válido o no. En el caso de que la persona no realice el discernimiento, el acto ya está subjetivamente viciado y éticamente no es válido. Discernir el acto que la persona piensa realizar, es su primera responsabilidad ética.

Así, en un primer nivel, tenemos que la intención de un acto es la decisión que la persona toma de seguir o no el juicio de su conciencia en referencia a lo que piensa realizar. Si la decisión es fiel al dictamen de su conciencia, la intención es buena, y si no lo es, es mala.

⁶ Un tratamiento extenso del tema en: FRANÇA, O. – GALDONA, J. “Introducción a la ética profesional”. Ed. Paulinas, Asunción. 1997.

A modo de ejemplo ilustrativo: la persona debe decidir si concurre a clase hoy o no. Luego del discernimiento de conciencia descubre que lo éticamente correcto es concurrir. Si actúa en consecuencia y concurre, actúa de buena intención, y si contradiciendo la conciencia no concurre, actúa de mala intención.

Pero en un segundo nivel, no es posible abstraer cada decisión de lo que es la globalidad que la enmarca. La vida y la eticidad de la persona no es una mera sumatoria de intencionalidades acotadas y puntuales, sino que cada decisión se inscribe dentro de toda un área de la existencia del sujeto.

Así, junto a la intención puntual frente a un acto dado, está la orientación que le quiere dar a toda esa área de su vida.

Siguiendo con el ejemplo: ir a clase se inscribe dentro de una opción mayor de la persona que sería la de ser médico. Aquí viene la pregunta: ¿Con qué intención quiere ser médico? Si la respuesta es acorde con lo que su conciencia le indicaba luego de un discernimiento serio (por ejemplo: para mí es bueno ser médico porque es un buen medio para realizarse como persona y ayudar a otros a realizarse), entonces la intencionalidad amplia de ese ámbito de vida es buena. Si la respuesta fuese opuesta al discernimiento de conciencia (por ejemplo: en mi caso sería malo ser médico porque no tengo cualidades y además no me gusta), entonces la intención es mala.

Un nivel de intención no anula el otro. Puedo querer ser médico con buena intención, y en el caso de ir a clase actuar con mala intención, y viceversa. No obstante, la coherencia entre la intención de un área de la vida y los actos concretos que la componen tiene relevancia, ya que unos van a condicionar a los otros.

En un tercer nivel, tenemos que toda decisión implica en mayor o menor grado a toda la persona. Aquí se juega todo el sentido de vida y el proyecto de vida de la persona. Es decir, existe en el fondo una pregunta clave: ¿Qué hago con mi vida?. Según mi propio proceso de conciencia, estaré eligiendo un camino de humanización o no. Esto lo podemos llamar la intención global que le da la persona a su vida.

Así, cada acto concreto tiene una intención concreta. A su vez, ese acto se inscribe en la intención de un área de la vida del sujeto. Y a su vez, esta área se inscribe en la intencionalidad global de la vida de la persona. Se supone que los actos deben colaborar a que la vida entera vaya por los rumbos que la persona quiere. De ahí la necesidad de tener en cuenta la coherencia entre los tres niveles.

Volviendo al ejemplo anterior: no ir a clase hoy, como hecho aislado puede no tener mayor importancia, pero en continuidad va a afectar la posibilidad de formación adecuada del médico. Así, se hipoteca la posibilidad de vivir esa profesión de manera realizante para sí y para los otros. Y si la profesión resulta frustrante, difícilmente la persona puede realizarse plenamente en su globalidad.

Cada decisión en sí misma puede ser nimia frente a la globalidad de la vida, pero como la totalidad de la vida está compuesta de una multiplicidad enorme de pequeñas decisiones, es necesario tener claro que la decisión de cada acto necesariamente va a influir en el contexto vital total.

CONCLUYENDO

La eticidad es una de las dimensiones constitutivas del ser humano, ya que es a través de ella que se descubre, se define y se construye tal como quiere ser. La búsqueda de la felicidad, de la realización, de la plena humanización es una dinámica propia pero no automática, sino que depende de la capacidad de sentido que haya desarrollado la persona.

La “des-moralización” implica el derrumbe de la eticidad personal y social, ya que sin una fuerza motivacional fuerte no le es posible al ser humano asumir la tarea de construirse a sí mismo en medio de las vicisitudes y conflictos que la historia le presenta.

Encontrar un sentido a la vida es encontrarse a sí mismo con sentido, y es de ahí que surgen las fuerzas motivacionales para asumir la vida como tarea de realización. No obstante, a la raíz inclusive de la búsqueda de sentido se encuentra una decisión inicial (de raíz, “radical”), que es la de “vivir” la vida y no sólo de “sobrevivir” en ella.

Se trata de una decisión no sólo racional sino también emotiva, que se desarrolla no solamente en la dimensión ética de la persona, sino también en su dimensión espiritual y en la psicoafectiva. Se trata de lo que podríamos llamar el nivel de la “indignación ética”: es la rebelión interior, emocional y racional, frente a una realidad social o personal “que no puede ser”.

La persona se descubre implicada de algún modo en esa situación, y al mismo tiempo percibe con fuerza que dicha situación se configura como algo inaceptable en una vida digna de ser vivida. Esa rebelión interior puede manifestarse en formulación religiosa, ética, política, etc., pero en definitiva plantea a la persona un conflicto vital: o intenta eliminarla de su memoria y hacer como si no ocurriese, o la enfrenta con todo lo que ello le implica.

Si opta por olvidarla (mediante autojustificaciones, o simplemente mediante mecanismos de evasión), necesariamente le sobrevendrá un deterioro de su autoestima moral y una profundización en el proceso de desmoralización.

Si, por el contrario, opta por enfrentarla, se iniciará un proceso de búsqueda de sentido (¿por qué?), que necesariamente lo involucrará personalmente, y un proceso de búsqueda de respuestas adecuadas (¿cómo actuar?). Algunas veces será un proceso doloroso de reformulación de la comprensión de la realidad y de sí mismo. También, muchas veces será un proceso lento de discernimiento y asunción de los caminos a recorrer. Pero será sin duda un proceso rico de desarrollo de sí mismo.

De este modo, la intencionalidad del sujeto no abarca únicamente lo que pretende del acto singular, ni tampoco solamente lo que pretende con un área entera de su vida. La intencionalidad del sujeto alcanza en última instancia a su actitud básica, radical, frente a las situaciones de conflicto ético que debe encarar en la vida.

Ciertamente, que entre el sentido, la intención, y la objetividad existe una connaturalidad. En la medida que el ser humano desarrolla su profundidad humana y/o religiosa en búsqueda de sentido tendrá mucha mayor fuerza motivacional para actuar

con conciencia recta (buena intención), y para enfrentar las realidades históricas (objetividad).

A su vez, en la medida que el ser humano actúe decidida y sistemáticamente con buena intención, la propia conciencia se fortalecerá impulsándolo a una mayor objetividad histórica, y a una mayor profundidad de sentido.

Finalmente, en la medida que la persona sea crítica a la realidad histórica, rechazando tanto las explicaciones que se le aparecen como obvias así como aquellas que descubre como interesadas, se irá fortaleciendo la búsqueda de sentido, y su deseo de rectitud de conciencia.

En última instancia, alcanzar el máximo desarrollo posible de sí mismo y de los demás, en todas sus dimensiones, es el mayor anhelo de un ser humano y es su tarea ética fundamental.